

# CANTE JONDO

## MARTINETES EN PUEBLA DE CAZALLA

Eso de que el **cante jondo** está a punto de morir, habrá que verlo. Se morirá algún día, no lo discuto, porque todo se muere alguna vez, pero no por ahora, ni en un futuro previsible. Se morirá cuando ya los hombres no necesiten recurrir a ciertas potencias genuinas para recordar su origen terrenal; cuando ya la artificiosidad ambiental se haya convertido en naturaleza... Pero no es ése el momento que estamos viviendo todos. Cada día, el recurso que el hombre hace a sus más oscuros orígenes llega más hondo. **Lo jondo**, si bien se mira, no termina donde acaban los cantos de la Baja Andalucía. **Lo jondo** es como una resistencia prehistórica del hombre, y aparece allí donde el hombre toca el fondo de su ser más desnudo y primario, en cualquiera de sus múltiples expresiones. Mientras nos conmuevan las manifestaciones más brutalmente elementales del arte; mientras toca en nosotros una dormida fibra los gritos más primarios de una juventud que alía la danza con la música; mientras el clamor de los ritmos negros despierte en nosotros una adhesión inusitada, existirá para nosotros la necesidad de un canto **jondo** y, por tanto, habrá **cante jondo**.

En estos últimos años, en el solar más verídico de ese arte, en Andalucía la Baja, se han empezado a convocar una serie de reuniones periódicas y anuales para rendir culto a su práctica más auténtica: en Mairena del Alcor —patria de

ese genio mayor del cante en nuestros días que es Antonio Mairena—; en Lebrija, crisol de un tipo de cantes de una hondura inusitada; en Morón de la Frontera —donde nació, nada menos, Silverio Franconetti—; en Utrera —donde se formaron los cantes de La Sarneta, que hoy mantienen La Fernanda y La Bernarda—, y, en fin, en La Puebla —de donde es ese joven benjamín del cante grande, José Menese—, enclavada en el centro de toda esa geografía creadora que tiene capitalidades eminentes en Jerez, en Cádiz, en Ronda, en Triana...

Yo he visto allí, a la hora de los martinetes —cuando apuntaban las claras del día—, a una multitud enervorizada, puesta en pie, escuchando, después de cinco horas, a cuatro maestros, puestos también en pie («Naranja», el de Triana; «Chocolate», José Menese y Antonio Mairena), sin guitarra —como se cantan los martinetes, canto de «palo seco»—, cantando esa tonada terrible y doliente que no tiene parangón con ningún otro canto del mundo. No, no es fácil que eso vaya a morir, por ahora.

La «Reunión» no era un concurso. No había premios. En general, ninguna de estas reuniones conceden premios ni se consideran concursos. Son como reuniones iniciáticas, casi secretas, en una extraña práctica. Lo único que importaba era la pureza y la alta calidad. Por eso estaba allí ese maestro máximo de nuestro días que es Antonio

Mairena, con su voz enciclopédica y erudita. Y por eso estaba allí ese mito superviviente del pasado, con su voz comparable a la de Silverio: Juan Talega, Juan Talega, con sus ochenta y tantos años, no iba a cantar, no iba a ser más que un testigo... pero cantó. Hubo un momento emocionante en el que Antonio Mairena lo trajo de la mano, como a un niño, y lo sentó frente al público. La cara de Juan era, como la de una esfinge, insondable. Y de pronto, en un leve interregno de la guitarra de Pedro Peña, lanzó esa voz suya, bronca, machuna, terrible, esa voz que parece sacar ecos de todas las cuevas del mundo —voz que parece haber hecho a los infiernos un viaje de ida y vuelta—, y cantó. Cantó lo suyo: seguirillas. Así, dicen los viejos, cantaba Silverio. Así debieron ser, en las madrugadas remotas, los cantes de las fraguas de Triana, antes de que Tío Juan Palao iniciara sus martinetes...

Antes, ya habían cantado todos los demás. El primero fue Luis Torres —Joselero—. Joselero, de la muy honrada familia de los «Torrecitos», no es un profesional. Modesto vendedor de telas callejero y buena persona privada, yo lo recuerdo en años más juveniles, cuando terminaba su quehacer diario, echando una cana al aire con los amigos en el mostrador de una taberna, cantando unas soleares increíbles que llegaban de la tradición del Bermúdez y de Joaquín, el de la Paula... Hoy, con sus años

encima, los cantes de Joselero conservan la jugosidad fresca de lo que no ha pasado por las tablas y de lo que, en años más mórbidos, no quiso someterse al fácil cacareo... Luego quiero recordar que fue Chocolate el que cantó. A Chocolate le brilla la piel con fulgores carboníferos y los ojos con fulgores de cuchillo. Cuando salió, alguien, desde el público, gritó, y no por capricho, ¡viva Lutero King! Pero Chocolate trae un arrastre estilístico de la mejor escuela: de la de Manuel Torres, por un lado, y la de Pastora Pavón —Niña de los Peines— y su hermano Tomás, por otro. Manolo Brenes, que sabe lo que se trae entre manos, le llevó magistralmente la guitarra hasta unas soleares y unas seguirillas en las que salieron a relucir las mejores esencias de Jerez y de su escuela.

El otro joven de la terna era Diego Camacho —¿de Mairena también?—. Y en efecto, se le ve joven, como potro no desbravado suficientemente. Ya medirá, con los años, el formidable derroche de su facultad para lo jondo. ¡Aquellas seguirillas! Cuando deje de estar tan supeditado al baile, cuando le cueste cantar algo más de lo que le cuesta, puede ser un grande.

¡Las hermanas de Utrera! ¡La Fernanda y La Bernarda! Hay un estilo de solear —la que parió, en noche ya lejana, La Sarneta; la suya, la de Utrera— en donde muy difícilmente se las podría superar. Esas dos hermanas tienen un grito tan





Pedro Peña, La Fernanda y La Bernarda de Utrera: un estilo insuperable.

hondamente plebeyo que, a fuerza de inimitable, resulta aristocrático. Sus voces se tuercen a veces, como en una mueca gesticulativa, como para no entregarle al dominio de lo facultativo lo que no puede estar más que en el de lo expresivo, y extraen desde el subterráneo de todo su ser esa voz brutal y genial que sólo el ritmo de las palmas logra someter a cadenas.

Cuando salió Menese, como era natural, lo recibió una gran ovación. Era un voto de confianza. Pero también, la advertencia de una expectativa. Después de Joselero, él tenía la voz del pueblo: la de La Puebla. Cumplió. Lo que más admira en Menese es la vieja madurez de su juventud. Sobre todo, el sometimiento de su facultad juvenil a las normas de lo jondo. Esa disciplina, esa entrega de las facultades, que podrían ser melódicas, en las reglas en cierto modo antimelódicas que el jondo impone, es lo que hace de Menese un maestro extremadamente joven. Cuando Menese canta, siempre está hablando de La Puebla. Se refiere siempre a una toponimia, a una geografía, a unos personajes que allí son conocidos. Se refiere incluso a una justicia y a una injusticia conocidas. Por eso, él y la gente de su pueblo se entienden.

Menese, que no ha oído cantar a Manuel Torres ni, mucho menos, a Silverio, dice con frecuencia que no cree que ninguno de éstos haya podido ser superior a lo que es, hoy, Antonio Mairena. Por eso, él



José Menese: unas facultades disciplinadas a las normas de lo jondo.

le llama «Don Antonio». Y verdaderamente, es difícil concebir la posesión de una facultad más larga, de un conocimiento más profundo del que posee éste, en la difícil especialidad de lo jondo. Por eso también, acaso, de todos los maestros, es él el que puede permitirse una mayor mesura y una menor espec-



Antonio Mairena y J. Talega. Talega cantó a pesar de sus ochenta años.

tacularidad. Su magisterio está hecho de medida, de sentido del orden, de profundidad.

Aquella noche, sin embargo, se nos ofreció en toda la inmensidad de su poderío: primero, en soleares y saguirillas; luego, en una serie in crescendo, de «tientos» y, finalmente, en su martinete inigua-

ble de la madrugada. El pueblo —La Puebla— que le reconoció sin cicaterías su estatura magistral, logró entablar con él un diálogo de comprensiones mutuas verdaderamente emocionante.

La «Reunión» era de cante jondo. Pero los organizadores no quisieron olvidar esa proyección que el canta tiene en el baile, al que también se quiso «jondo». Transigió, mínimamente, con una bailarina de escuela, Trini España, que, con su espléndida figura y con su gran disciplina, supo estar a la altura de las circunstancias. Pero la actuación que más emocionó fue la de dos «bailaores», nada académicos: Paco Laberinto y Tía Juana, la del Pipa, sobre todo esta última. Nada más natural y, al mismo tiempo, nada más hermoso. Tía Juana, con su voluminosa humanidad de más de cien kilos, depuró y aquilató un baile esencial que muy difícilmente podremos ver fuera de una circunstancia excepcional como aquella.

Seis horas, aproximadamente, duró el espectáculo sin que ni uno solo de los asistentes denotara fatiga o cansancio. Después de los martinets, ya había rayado el día plenamente. Se cantaba y se bailaba con las primeras luces del alba y allí quedamos convocados —todos los que ya nos hemos inclinado en el secreto de esa Reunión— para el próximo verano, en una noche caliente como la del 13 al 14 de julio de 1968. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

